

## Ázoe, azote, nitrógeno

Josefa Gómez de Enterría

Universidad de Alcalá. Alcalá de Henares (Madrid, España).

Con la llegada en el siglo XVIII de la nueva química, asistimos al nacimiento de un nuevo lenguaje, es decir, la aparición de la *Méthode de nomenclature chimique* (1787), publicada por sus artífices —Guyton de Morveau, Lavoisier, Berthollet y Fourcroy— y concebida como un nuevo método de nombrar. La nueva lengua de la química se desarrolla de acuerdo con planteamientos lógicos, ya que —según proponen sus autores— ha de ser al mismo tiempo metódica, sistemática y precisa, sin olvidar que también debe poseer carácter internacional —o más bien interidiomático—, de ahí que escriban: «... pues de esta manera será común a todos los países y facilitará la comunicación de los trabajos de los profesores y aficionados a esta utilísima ciencia».<sup>a</sup>

Apenas un año después de su aparición en Francia, la nueva nomenclatura se traduce al español y se publican casi simultáneamente dos versiones, realizadas por especialistas de prestigio: Pedro Gutiérrez Bueno, catedrático de Química en la Secretaría de Estado, y Juan Manuel de Aréjula, catedrático de Química en el Colegio de Cirugía de Cádiz. Ambos afrontan la tarea de adaptar las nuevas voces al español, aunque no siempre coinciden en las soluciones que proponen. Como, por ejemplo, cuando traducen la voz francesa *azote* —con la que los químicos franceses denominaban al gas inerte y que, según sus comentarios, habían acuñado a partir del griego ζωή, ‘vida’, precedido de la partícula ‘a’, privativa—, para la cual Aréjula propone la voz *ázoe*, porque, como considera,

Bien conocí desde el principio que no bastaba hacer una mera traducción; vi que era preciso acomodar las voces al genio de nuestra lengua; darles terminaciones no disonantes ni ridículas; combinarlas en cuanto sea posible, de modo que expliquen la naturaleza de los mixtos que anuncian; sin que sea necesario violentar para entender las palabras que en castellano deben significar otra cosa [...].<sup>b</sup>

Es evidente que Juan Manuel de Aréjula se está refiriendo, entre otros, a los problemas que le plantea la adaptación al español de términos como la citada voz francesa porque, al tratar de acuñar en nuestra lengua *azote* para la base y *azótico* para el gas, los nuevos términos entrarían en colisión con voces de igual significante y muy diferente significado, habida cuenta de la larga trayectoria que en español poseía la voz de origen árabe *azote* y su familia léxica.

Gutiérrez Bueno también es consciente de la dificultad que la voz del francés *azote* ofrece al traductor de español, de ahí que proponga ya en el prólogo una posible solución, cuando escribe:

Alguna vez para evitar una significación siniestra he añadido a la voz alguna cosa que la pudiera liberrar de este peligro. Por esta razón en vez de la palabra *azote* que se aplica al gas ‘flogístico’, digo *azoote* que expresa la cualidad de ser no-vital, mucho mejor que *azote* que en nuestro idioma significa cosa muy diversa.<sup>c</sup>

Sin embargo, esta propuesta de Gutiérrez Bueno no prosperó por razones evidentes. Será, pues, la de Aréjula la que ingrese en el diccionario académico en fecha temprana; ya en la edición de 1817 está recogida la entrada «azoe»<sup>d</sup> con la marca de la química, pero, además, en esta misma edición los académicos también acogen *azote* sin definición y con una remisión a «azoe». En las dos ediciones siguientes permanecerán invariables estas dos entradas, hasta que en la de 1832 se revisa la definición,<sup>e</sup> con la que permanecerá hasta 1884, cuando, con el ingreso de la voz «nitrógeno» se suprime la definición de *ázoe*, al tiempo que desaparece definitivamente *azote* del diccionario académico, y permanece hasta el momento actual la entrada «ázoe», únicamente con una remisión a «nitrógeno».

Podemos concluir que *ázo*e y *azote* son voces de vida efímera en español, ya que bastantes años antes de cumplir un siglo de su existencia, fueron reemplazadas por el término *nitrógeno*, aunque a lo largo del siglo XIX mantuvieron un uso frecuente como voces sinónimas en numerosos textos divulgativos y didácticos, como comprobamos en el banco de datos CORDE, de la Real Academia Española.

### Notas

- <sup>a</sup> Citado por J. M. López Piñero, T. Glick, V. Navarro y E. Portela (1983): *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. Barcelona: Península, p. 68.
- <sup>b</sup> J. M. de Aréjula (1788): *Reflexiones sobre la nueva nomenclatura química*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, p. III.
- <sup>c</sup> A. Lavoisier, G. de Morveau (1788): *Método de una nueva nomenclatura química*. (Traducida al castellano por D. Pedro Gutiérrez Bueno.) Madrid: Sancha, p. 3.
- <sup>d</sup> «Azoe. s.m. *Quím.* Sustancia simple que unida al calórico ó á la materia del calor se reduce á fluido aeriforme ó gas azoe, en el cual no pueden vivir los animales ni quemarse ningun cuerpo, y forma la parte no respirable que en cantidad de mas de setenta por ciento se encuentra en el aire atmosférico.» Real Academia Española (1817): *Diccionario de la lengua castellana*, 5.<sup>a</sup> ed. Madrid: Imprenta Real.
- <sup>e</sup> «Ázoe. m. *Quím.* Sustancia simple, aeriforme, en la cual no pueden vivir los animales, ni quemarse ningun cuerpo, y es uno de los principios constitutivos del aire, de las sustancias animales y de otros cuerpos.» Real Academia Española (1832): *Diccionario de la lengua castellana*, 7.<sup>a</sup> ed. Madrid: Imprenta Real.

